

DON MARIO JALDÍN, ESPELEÓLOGO BOLIVIANO

Gaspar González

Centro Espeleológico Uruguayo Mario Ísola. Email: ceumiuruguay@gmail.com

Ya he estado un par de veces en Torotoro la tierra de los dinosaurios, las cavernas las pinturas rupestres y los rasgos Quechua y Aymara. Todo esto en un mismo lugar del mundo. Es tan rica esta tierra que no podré sino volver una y otras vez en el futuro cercano.

Mi atracción por Torotoro comenzó a través de mi interés en la espeleología (exploración y estudio de espacios subterráneos), y del conocimiento, a través de anécdotas, de la existencia de grandes cavernas, incluso algunas inexploradas en la zona.



Torotoro, Bolivia

Mi primer viaje fué con mi amigo Mauricio, con quien habíamos estado haciendo montaña en las inmediaciones de La Paz. Y no sería el último.

La espeleología en Bolivia, según había averiguado, no estaba desarrollada. Y si bien había existido un intento de asociación, no estaba activa la disciplina. Por lo tanto, pensaba yo, no habían espeleólogos en el país, lo que me llamaba fuertemente la atención. Y no fue en este primer viaje sino al año siguiente que tuve que retractarme de esta afirmación, porque donde hay cuevas y seres humanos existe un vínculo primitivo, cuasi-utérnio entre ambos. De las entrañas de la tierra surge un llamado, al que acuden solo algunos buscadores y soñadores. Y Torotoro no es la excepción, allí vive desde toda su vida Don Mario Jaldín, un espeleólogo, un “cuevero” de ley, con décadas de experiencia y dedicación amorosa a su tierra y sus profundidades.

Para este, mi segundo viaje al parque nacional que ahora está en vísperas de convertirse en geo-parque de la Unesco, conté con la compañía de un amigo espeleólogo japonés, Katsuji Yoshida. Llevar a cabo una expedición con un explorador de tanta trayectoria me llenaba de orgullo y me abría la

posibilidad de aprender directamente de alguien que ha dedicado su vida adulta a esta disciplina.

El mismo día de llegada nos recibió Don Mario en la puerta de el alojamiento en donde nos encontrábamos alojados. Hombre de profunda paz al hablar, camina por las pequeñas calles del pueblo, la gente lo saluda y él devuelve una mirada amable. Hay quienes están dedicados a su tierra, y han asumido el color de las piedras milenarias en su piel, y guardan en sus pupilas las riquezas secretas de la zona. Como guía turístico local, Mario conoce cada rincón del dramático paraje y las mil historias que dan a una simple caminata un tinte fantástico.

Días antes de llegar al pintoresco pueblo quechua habíamos intercambiado llamadas con Don Mario y una de ellas había mencionado la posibilidad de exploración. Explorar propiamente es lo máximo para un espeleólogo, no se puede pedir un privilegio mayor. Tal idea estaba alojada a fuego en nuestros pensamientos y él lo advirtió. Pero como todo hombre que ha vivido, nos llevó por un camino de serenidad en el cual la propia exploración sería la frutilla final del postre. Primero nos adentraríamos en un cañón que guarda pinturas rupestres. Hay algo en ese arte tan antiguo que siempre me ha movilizado especialmente y consideré un privilegio más el poder ir juntos a observarlas desde eones de distancia. Y como no puede ser de otra forma en Torotoro, en el camino a las pinturas fuimos encontrando huellas fósiles de dinosaurios, y son tantas que al rato dejan de sorprender. Algunas de estas huellas incluso están separadas por miles de años entre sí. Caminar por esa tierra es realmente un viaje por la historia del planeta, de la vida animal y del ser humano primitivo. De a poco fui entendiendo porque Mario nos insistía en salir a ver más que solamente cavernas. En mi frenesí espeleológico no me estaba pudiendo a detener a maravillarme con tanta cosa fuera de lo común que guarda Torotoro. De hecho me quedé pensando en una caminata de varios que Mario ofrece a sus clientes. Una que sólo él conoce y que recorre los valles y los cañones por lugares secretos de ensueño. También, en mi pasión por la alta montaña, me estaba costando ver el encanto de una caminata por estos valles y amables sierras por donde anduvieron evidentemente Velociraptores, Tiranosaurios, seres humanos antiguos y hoy en día el pueblo quechua, que parece pasearlo a uno por el tiempo con su lenguaje ancestral.

Antes de explorar tocaba visitar una caverna especial llamada Chifón Q'aaq. Y tal como dice la lengua antigua local la entrada es una resurgencia que brota de un barranco vertical. Subir por una caverna no es lo más común, pero este era el caso de esta caverna que yo había visitado el año anterior

con mi amigo Mauricio.

Mario se mostraba entusiasmado como si fuera su primer incursión y claro que era probablemente la persona que más veces ha estado en su interior. Corriente arriba la caverna continúa y se conecta con la caverna más conocida de la zona, Umajalanta, literalmente "El agua que se pierde". Yo ya había escuchado sobre esta conexión hipotética, pero fue Don Mario que me quitó de toda duda basada en suposiciones. Él mismo había realizado la conexión junto a un espeleólogo extranjero años atrás. No sin un esfuerzo de más de un día bajo tierra y el comprometido pasaje de un sifón sin equipamiento de buceo.

En el ámbito de las personas aficionadas a los mundos subterráneos, estas conexiones entre una caverna y otra son pequeños hitos muy meritorios que impulsan el horizonte del mundo conocido un poco más allá. Esto es exploración. Escuchar estas anécdotas me produce la misma sensación que cuando escucho que alguien ha abierto una nueva ruta en una montaña o ha subido una cumbre virgen. Uno pensaría que estas hazañas están todas plasmadas, mas aquí o más allá, en revistas especializadas o nos aparecen en un video en internet, pero esto no es así. Algunos (muchos...) momentos grandiosos de estas disciplinas se hacen eternos y preciosos en su dimensión efímera. Y mejor aún, estos momentos cobran vida atemporalmente en el instante del recuerdo y del relato presencial de quien los ha vivido. Y por eso debe ser buscado, tanto en el ámbito del montañismo, de la espeleología y de tantas otras disciplinas, las reuniones con el fin de intercambiar relatos orales. En estos actos donde uno cuenta y otros escuchan, se hace homenaje a esas cosas cuasi-fantásticas que hacemos los seres humanos, cosas sin aparente utilidad.

Terminando este relato estábamos llegando ya a la entrada de la caverna, ya anocheciendo. "Igual saldremos de mañana de la cueva, si total es lo mismo que sea día o noche..." decía Mario. Y además el relato terminaba, casi por arte de magia, en la entrada de la misma caverna en cuestión, con él mismo preparando su antigua linterna de acetileno, en un viejo acto ritual de mineros y cueveros.

Cuando uno anda por una caverna las piedras están bajo los pies, a los costados y arriba también. Y nunca este ámbito tiene dimensiones ni condiciones antropológicas. Moverse por ahí dentro requiere de pericia, equilibrio, motricidad fina y serenidad. El ejemplo de esto es Mario Jaldín, este hombre de 70 años que se mueve dentro de los intrincados recovecos como si nadara. Yo estudiaba sus movimientos con atención como quien quiere aprender los secretos de alguien que los lleva incorporados en las fibras de los músculos. Hay sutiles detalles gestuales que a veces quedan opacados frente al repertorio de técnicas complejas, que requieren de equipamiento y que tal vez por esta razón nos producen un gusto fetichista. Mario se manejaba con sus manos, con la misma firmeza y sutileza que con sus pies, quedando por instantes, en

delicadísimos equilibrios, acariciando las rocas para cuidar la estructura por la que nos íbamos moviendo. Poco voy a describir sobre la belleza de esa caverna, o de las cavernas en general. Necesitaría para eso un brote fuerte de fina poesía, para al menos acercarme a la realidad.

Lo cierto es que la recorrimos en todos sus niveles y salimos ya casi de madrugada. Es tan oscuro el mundo hipogeo que incluso salir a un a noche cerrada como lo era esa, fue una inyección de luminosidad. De hecho volvimos con las linternas apagadas en la larga caminata de vuelta al pueblo.

Dos días después nos esperaba la exploración de una caverna cuya entrada había sido encontrada por Mario y su hijo años antes. En esta ocasión, y contando con equipamiento técnico para pasajes verticales, intentaríamos llegar hasta lo más profundo posible.

El día en cuestión salimos muy temprano desde el pueblo hasta donde nos fue posible con un vehículo 4x4. Desde ahí emprendimos una larga y hermosa caminata por valles y aristas habitadas por el majestuoso Cóndor Andino. Una de esas aves totémicas nos pasó planeando a escasos cuatro metros sobre la ladera de un barranco. Es tanto es aire que desplazan que lo pudimos escuchar claramente cortando el viento sin aletear.



En la entrada de Yanachili, con Katsuji y Mario

La llegada a la entrada de la caverna no fue tarea fácil ya que se encuentra en una quebrada remota, cerca de unas antiquísimas ruinas. Ya en la boca uno siente un aire fresco que proviene de las entrañas de la tierra transportando el llamado del inframundo para quien ose conocerlo.

En esa situación comienza el ritual de los espeleólogos de equiparse colocarse los arneses, revisar los nudos y la cuerda, corroborar las linternas, baterías y demás. Este momento, en el cual se necesita de máxima concentración, suele verse invadido por la ansiedad y la idea fija del lugar en el que se va a entrar. Mientras cerraba los mosquetones y adjubaba una cuerda no podía dejar de mirar con el rabllo del ojo la negra entrada de la caverna, como si por solo mirarla pudiera viajar en su interior.

Los primeros 100 metros de Yanachili eran un terreno que ya había transito por Mario y su hijo, y

el mundo incógnito comenzaba a partir de una caída vertical. Mirar hacia el abismo y pensar que íbamos a ser las primeras presencias allá abajo fue unos de los momentos que uno nunca va a olvidar. Me vinieron imágenes de antiguas revistas de la National Geographic que había hojeado toda mi vida con historias increíbles de muchas partes del mundo contadas por sus partícipes. Pronto volví al momento presente y al asunto de la cuerda y los nudos.

Al tocar el piso allá abajo pudimos corroborar que la caverna continuaba. Otro pequeño tiro vertical y continuaba aún más. A través de pequeños sifones, gateras y meandros la caverna se fue angostando hasta que un gran sifón terminó para impedirnos el paso. Sabiendo que la caverna continuaba, inundada o seca pero continuaba, nos quedamos mirando el agua en silencio. Yo estaba muy emocionado por estar en esos pasajes secretos pero aún así pude ver el brillo en los ojos de Don Mario bajo la amable luz del carburo. Con un movimiento lento de cabeza Mario iluminaba por primer vez jamás aquellos salones adornados por cortinas, estalactitas y demás formaciones propias de ese mundo increíble.

Para mí fue un privilegio estar ahí dentro, pero más aún lo fue por estar ahí con Katsuji Yoshida y Mario Jaldín, dos exploradores de trayectoria, y que, con altos niveles de compromiso, han expandido las fronteras del mundo conocido.

Las fotos se perdieron junto a la cámara de mi amigo japonés. Tal vez por eso y por tantas otras razones volveré con colegas cueveros al año siguiente.

Mario Jaldín vive, guía y explora en la tierra de Torotoro, en un remoto paraje de Bolivia desde hace más de tres décadas. Hoy lo acompañan sus hijos en esa amor profundo por el mundo bajo las montañas.



Este trabajo ha sido publicado on-line con fecha 26/01/2018

Se citará como: GONZÁLEZ, G., 2018. Don Mario Jaldín, espeleólogo boliviano. *Gota a gota*, nº 14: 98-100. Grupo de Espeleología de Villacarrillo, G.E.V. (ed.)